

La evaluación bajo la lupa. Reimaginando experiencias innovadoras

“Todos somos genios. Pero si juzgas a un pez por su capacidad para trepar árboles, vivirá toda su vida pensando que es un inútil.”

Albert Einstein

En el contexto de lo vivido durante el último año, muchas han sido las prácticas en educación que se han cuestionado y que se han tenido que reinventar. En este marco, la evaluación no quedó al margen: se han revisitado las preguntas clásicas sobre qué y cómo se evalúa, desde una nueva mirada que las tecnologías “apalancaron”. Lo más interesante es que quedó en evidencia la necesidad de repensar las prácticas de enseñanza y su relación con la evaluación, en el marco de la construcción de nuevas ecologías que requieren cambios sustantivos en muchas de las aristas vinculadas con el sentido que le damos a la educación.

La virtualización de las clases puso en evidencia una serie de tensiones que ya existían, pero

que emergieron con mucha fuerza: evaluación formativa y educación superior; calificación y acreditación; coherencia entre modos de enseñar y prácticas de evaluación; elaboración de instrumentos de evaluación; retroalimentación. Y, al tiempo que se evidenciaban estas viejas tensiones, surgían nuevas categorías (al menos para la tradicional enseñanza presencial), como sincrónico-asincrónico, monitoreo, evaluación por producto.

Entonces, durante este tiempo no solo fue necesario repensar el diseño de las clases sino sobre todo reconstruir las prácticas evaluativas a partir de algunas ideas que es importante que sostengamos, más allá de los entornos en los que nos encontremos y de la modalidad de enseñanza y aprendizaje con la que enseñemos.

1. Hacia una articulación de diferentes formas de evaluación

Una de las primeras cuestiones que señalaremos se vincula con la coherencia necesaria entre los mecanismos de evaluación y sus instrumentos en relación con los modos de enseñar. Por ejemplo, los exámenes parciales o finales (únicas instancias de evaluación contempladas, en muchos casos, en el nivel superior) suelen ser orales, aunque durante el recorrido de la cursada no se brinden instancias en las que las prácticas de la oralidad sean una experiencia de aprendizaje para los estudiantes. Este es solo un ejemplo extremo que usamos para poner en discusión el modo en el que diseñamos las clases y cómo

realizamos la articulación con los instrumentos que generamos para su evaluación. Pensar en esta línea implica reconstruir y autoevaluar nuestros propósitos de enseñanza, los objetivos de aprendizaje y los desempeños de comprensión en relación con las evidencias de aprendizajes que recogemos. Las competencias que favorecemos deberán dialogar con los instrumentos de evaluación que creamos y con aquellos recorridos que manifiestan los estudiantes. En este sentido, se deben adoptar diversas metodologías de evaluación que nos proporcionen múltiples indicadores de los aprendizajes de nuestros alumnos.

2. Transparentar los criterios de evaluación

Asimismo, el escenario de la virtualidad abrió el camino para visibilizar algunas de estas evidencias, al tiempo que nos hizo reflexionar sobre la documentación del

encuadre de nuestras materias, a partir de la necesidad de repensar el régimen académico en cada caso: ¿qué significa la "asistencia", por ejemplo, en un aula virtual?, ¿cómo

reconstruiremos las evidencias de las diversas intervenciones de nuestros estudiantes? En este sentido, retomamos - como ya lo hemos hecho desde el comienzo de este artículo - prácticas tradicionales que han cobrado fuerza en estos contextos. Por ejemplo, las rúbricas son herramientas que nos permiten sistematizar y recopilar información y evidencias del proceso de aprendizaje de nuestros

estudiantes. Existen comunidades virtuales en las que se crean colaborativamente estas rúbricas y se comparten con otros. Pero más allá de la posibilidad de coconstrucción que favorece el trabajo de diseño para el docente, las rúbricas son una excelente oportunidad para transparentar los criterios de evaluación y puntualizar junto a los estudiantes aquellos aspectos sobre los que nos centraremos en los procesos de evaluación.

3. El error como una estrategia de aprendizaje: retroalimentación positiva

Tal como estamos planteando, la mediación tecnológica nos expuso a lo que denominamos diálogo didáctico por producciones: conocemos a nuestros estudiantes por sus escritos o trabajos y nos conocen por nuestras devoluciones. Es así como cobra importancia el lugar y la forma en la que damos nuestras retroalimentaciones. Hay múltiples esquemas posibles; uno de ellos es presentarla en sentido

espiralado, lo que implica comenzar por lo positivo para continuar con aquello en lo que se incurrió en un error y finalizar con lo que puede mejorar o reconstruirse. Lo ideal para favorecer trayectorias es ir hilando devolución a devolución los progresos de los estudiantes. En rigor, así como ocurre en las diferentes líneas que estamos analizando, la mediación tecnológica nos obliga a documentar y a una comunicación mediada con los

estudiantes: el hecho de que todo quede registrado también implica que los comentarios y devoluciones deban responder a un cuidado aun mayor que en otros espacios, para poder

favorecer la construcción de entornos seguros de aprendizaje en los que los estudiantes efectivamente puedan aprender del error y no sentirlo como un castigo o fracaso.

Como en una cápsula del tiempo

En esas breves líneas, nuestra intención fue la de recorrer algunos aspectos que consideramos esenciales para pensar la evaluación, más allá del entorno y de las mediaciones de las tecnologías. Entonces, como desafío final, los invitamos a imaginar que entramos en una cápsula del tiempo y que documentamos aquellas prácticas que nos gustaría conservar del pasado y aquellas que quisiéramos modificar en el futuro. Sabemos que aun hay mucho camino por recorrer entre lo que se plantea desde la teoría de la evaluación y lo que efectivamente ocurre

en las instancias formales, en muchos casos reglamentadas por disposiciones institucionales y ministeriales que dan valor a resultados antes que a procesos. Sin embargo, creemos que un aspecto altamente positivo de este ciclo ha sido el de poner a la evaluación bajo la lupa: su problematización es un primer paso necesario para empezar a observar algunos desplazamientos y transformaciones que afectan a todas las dimensiones de las propuestas didácticas, en las que la evaluación es uno de sus elementos esenciales.

Julieta Brizuela y Alejandra Lamberti
Diciembre 2020